



115 de la Calle del Olvido

L o l a K a b u k i



LOLA KABUKI

115 DE LA CALLE DEL OLVIDO



SEGUROS DE VIDA

Era un día cualquiera de Septiembre. No hacía demasiado calor, pero la humedad era insoportable. Caminar por la ciudad bajo el sol se hacía cada vez más insoportable. Me paré frente al portal 115, aquí era.

La puerta de hierro forjado en color negro parecía realmente pesada, como si no quisiera ser abierta, y apoyé la espalda en ella mientras llamaba al portero automático.

Tras identificarme, me abrieron la puerta sin decir una palabra y me adentré en la oscuridad del portal.

Un portal viejo, oscuro y enorme. De techos altos y espacios infinitos, con las paredes de un color indefinido, entre gris y marrón.

Al fondo a la derecha se veía un ascensor viejo, con una reja que hacía juego con la puerta del portal, y a su derecha las escaleras, acompañadas de una barandilla metálica también.

Al acercarme leí una nota sujeta con dos celos, uno arriba y otro abajo, que decía con un rotulador rojo, que el ascensor estaba averiado.

Averiado.

Que disculpáramos las molestias.

Tomé aire y agarré con fuerza el maletín con una mano mientras apoyaba la otra sobre el pasamanos. Me iba a tocar subir quince pisos a pie. Respiré hondo.

Por lo menos dentro del portal hacía fresco, aunque por alguna razón, me seguía costando respirar y me sentía incómoda con la ropa que llevaba.

Los dos primeros pisos los subí relativamente rápido, martilleando el mármol del suelo con mis tacones, elegante y con la cabeza erguida, pero en el tercero me pareció que de repente los escalones eran cada vez más altos y que me costaba más levantar las piernas cada vez más, así que me paré un rato en el descansillo del cuarto piso para coger aire.

Había muchas plantas en jardineras rectangulares de loza, eran plantas trepadoras que se habían apoderado de gran parte de la reja metálica que cubría el viejo ascensor a pesar de estar secas.

Secas, como si nadie se hubiera ocupado de ellas en los últimos meses.

Con la respiración agitada y gotas de sudor helado en mi espalda me agarré a la verja metálica y miré hacia abajo por el hueco del ascensor. Sólo se veía oscuridad.

Me acordé de la nota: que disculpáramos las molestias.

Me salió una carcajada sarcástica, que de forma inesperada se vio interrumpida por un fuerte ruido de hierros que parecía provenir del ascensor.

Desde la planta baja.

Me asusté y en un acto reflejo, solté el maletín para agarrarme mejor a la verja, haciéndome un pequeño corte en la mano.

Al parecer las plantas trepadoras tenían espinas, o la verja alguna arista de metal suelta.

Busqué en mi bolso algún pañuelo de papel, pero no encontré nada y tuve que lamer suavemente la sangre para no manchar mi ropa. El sabor de la sangre me recordó al sabor del metal, y me pregunté si la verja metálica sabría igual.

Recogí el maletín del suelo y seguí subiendo las escaleras, lentamente. Con la cabeza erguida y presionando la herida con la otra mano. El corte era pequeño pero parecía profundo.

Me sobresalté al escuchar ladridos de un perro desde detrás de una puerta en el sexto piso. Se escuchaban tan cerca... ¡y tan alto!

El perro, que debía ser de un tamaño considerable a juzgar por el tipo de ladrido, arañaba la puerta para salir, la golpeaba, gruñía, y respiraba de forma agitada.

Se me cayó el maletín al suelo por segunda vez, al no tenerlo bien agarrado, y esta vez se abrió, desparramando todo su contenido. Cientos de hojas con información sobre seguros de vida se deslizaron en forma de abanico por las escaleras, quedando a menos de un metro de la puerta que ladraba. Resignada me agaché y comencé a bajar escaleras mientras recogía hojas.

Cuanto más me acercaba más nervioso y violento parecía ponerse el perro.

La última hoja de papel estaba muy cerca de la puerta.

La recogí sin vacilar y el perro dejó de ladrar, pero seguía escuchando su respiración. Agitada e irregular.

Cerré el maletín y me alejé con rapidez, lamí de nuevo mi mano y comencé a subir y subir escaleras. Dos descansillos después paré a respirar un poco en el rellano,

mi cita de las cinco me estaba esperando.

En el piso quince, tras la puerta C, y yo estaba tardando demasiado.

No era culpa mía que el ascensor no funcionara.

Levanté la vista malhumorada hacia el ascensor y me fijé en que no había número en esa escalera. No sabía en qué piso estaba exactamente.

Al subir al siguiente piso, vi que tampoco había número en el descansillo y escuché con horror, unos gritos de dolor que venían del interior de una vivienda. La B.

Alguien gritaba al otro lado de la puerta como si le estuvieran torturando o algo parecido. Me quedé mirando la puerta y decidí seguir subiendo escaleras sin saber muy bien qué hacer.

Saqué mi teléfono móvil, por si necesitaba o debía llamar a alguien, pero no había cobertura.

En el siguiente rellano me paré y dejé el maletín en el suelo.

Todavía se escuchaban los gritos infernales del piso de abajo, cada vez más terribles y una voz que suplicaba ayuda. No sabía qué hacer, me tapé los oídos con las palmas de las manos, manchándome la cara sin querer con la sangre de la herida. Mi falda y una de mis piernas también tenían gotas de sangre.

Genial.

Volví a mirar el móvil nerviosa sin saber muy bien qué hacer, cuando un fuerte sonido como de hierros pesados y oxidados me hizo dar un respingo.

El ascensor subía.

El ascensor estaba estropeado, pero hacía un sonido como si estuviera en funcionamiento. Como si estuviera moviéndose y subiendo hacia mí.

Como si se estuviera quejando.

Me volví hacia la verja de hierro que lo cubría y miré hacia abajo. No se veía nada, estaba todo demasiado oscuro.

Lo que si vi al levantar la vista, me dejó casi sin respiración: en ese rellano tampoco había ningún número.

El ascensor subía y yo no sabía en qué piso estaba.

Sin pararme a pensar, recogí el maletín con mi mano herida y con los gritos de horror del piso de bajo golpeándome en la conciencia, y subí rápidamente las escaleras.

Tampoco había número en el siguiente piso, pero ya no me sorprendió y apoyé la espalda en la pared para descansar un poco, cuando me di cuenta de que una de las puertas del rellano estaba entreabierta.

Durante medio segundo me dio por pensar que a lo mejor era mi cita de las cinco.

Aunque no podía ser...

No sabía en qué piso estaba pero no podía estar ya en el piso quince, no podía haber subido tan rápido, ¿o sí?

El ascensor dejó de hacer ruido y se paró en el piso de abajo, o eso me pareció. Me aferré al maletín con mi mano ensangrentada, como si este fuera un escudo, mientras la puerta hasta ahora entreabierta, se abría poco a poco.

En su interior, oscuridad y un largo pasillo del que no se veía el final.

No se veía nada, pero me pareció escuchar unos débiles golpecitos en la pared, que se repetían, como secuencias de código morse. A lo mejor alguien trataba de establecer comunicación de esa manera. Por golpes.

Recordé los gritos y golpes tras la puerta de pisos más abajo y se me aceleró el pulso. Noté mi respiración agitada y sudor frío sobre mi espalda.

Me senté en las escaleras a sopesar mentalmente mi inesperada situación, y me angustié un poco más, al pensar que ese día tenía que haber sido un día de trabajo como otro cualquiera. Un día en el que tenía una cita concertada a las cinco, para contratar un seguro de vida...y punto.

Estaba envuelta en una situación que yo no había buscado, y no sabía cómo salir de ella.

Ensangrentada y sentada en las escaleras de quién sabe qué piso, de un portal donde un ascensor que no funcionaba se movía, y donde los vecinos eran un poco... ¿siniestros?, y de repente todo era muy... extraño. Y encima no tenía cobertura.

Subí al siguiente piso en un intento por alejarme de todo.

Piso 22.

Dejé caer mi maletín al suelo y esta vez ya no me molesté en recogerlo.

Era imposible.

En este edificio sólo había diecisiete pisos. No estaba totalmente segura al 100%, pero casi.

Los números de la escalera debían estar equivocados. O tal vez se trataba de una broma.

Decidí que tenía que salir de allí. Como fuera, porque la situación me estaba superando poco a poco.

Escuché ruidos de pasos en algún piso inferior y toses secas, y sin pensarlo subí un piso más, sabiendo que cuanto más subía, más me alejaba de la salida. Me aceleré y sin saber muy bien cómo, se me enredaron los pies y tuve que poner las manos para no caerme, dejando una huella perfecta de una mano abierta en color rojo en el suelo.

Me levanté del suelo y comprobé que se me había roto un tacón. No totalmente, pero se movía, no estaba asegurado y eso seguro que hacía que me volviera a caer, así que me quité los zapatos y los coloqué junto a la marca de la mano, en el suelo. Al acercarme me di cuenta de que algo estaba goteando sobre los zapatos, algo que parecía ser un líquido denso y oscuro... lo toqué con el dedo.

Parecía sangre.

Todavía agachada en el suelo, me atreví a mirar hacia arriba, con el estómago encogido del miedo de encontrar algo terrible. Como un flash me vino a la mente la imagen de un cadáver atado y colgado del techo.

Pero no, en el techo tan sólo había una especie de gotera de color oscuro y viscoso.

Se me revolvió el estómago al pensar en el piso superior inundado de sangre... y una sensación de asco se apoderó de mi estómago, haciéndome vomitar allí mismo.

Sobre mis zapatos y la huella de mi mano.

El ascensor volvió a hacer ruidos profundos de hierros y parecía que volvía a moverse. Me coloqué frente a él, dispuesta a acabar con todo.

Cuando llegó a mi piso y se abrieron las puertas ruidosamente, estaba vacío. Tardó lo que me pareció una eternidad, pero lo importante es que estaba vacío.

Vacío.

Me sorprendí gratamente, aunque en realidad no esperaba encontrarme con nadie, bueno, más bien no “deseaba” encontrarme con nadie.

Subí al ascensor y pulsé el botón para bajar a la planta baja. Las puertas tardaron casi un largo y denso minuto en reaccionar y cerrarse, y durante ese tiempo me temí lo peor, quedarme atrapada o que la caja cayera al vacío conmigo dentro... después de todo, estaba averiado. No sería raro que sucediera algo así.

Miré fijamente y con cierto alivio como las puertas se iban cerrando poco a poco, pero cuando el ascensor comenzó a moverse, empezó a **subir**, encerrándome más y más en este edificio infernal.

Las puertas se volvieron a abrir en el último piso, el treinta y tres, aunque esto no podía ser, ya que el edificio sólo tenía diecisiete pisos.

Salí del ascensor con el miedo de alguien que no sabe qué puede encontrar, y dispuesta a que pasara cualquier cosa. En este rellano sólo había dos puertas de viviendas, la puerta de acceso a los camarotes, y la sala de contadores.

Inesperadamente, de dentro de una de las viviendas escuché una voz “normal”, que parecía que estaba hablando por teléfono. Sin dudarlo me abalancé sobre la puerta, aporreándola comencé a llamar al timbre de forma compulsiva.

Necesitaba ayuda con desesperación y que me sacaran de allí.

La voz gritó al otro lado que iba a llamar a la policía, mientras me observaba a través de la mirilla.

Estupendo, pensé. Que llame, si. Que llame.

Me senté en las escaleras a esperar, mientras escuché nuevamente ruidos de hierros que venían del ascensor, pero esta vez con más eco.

La voz “normal”, ahora histérica, me gritó que me fuera, desde el otro lado de la puerta, que me estaba vigilando y que ya había llamado a la policía. Que vendrían en cinco minutos y que si no me iba, me pegaría un tiro.

Corrí hacia las escaleras y empecé a bajarlas lo más rápido que pude, teniendo en cuenta que estaba descalza.

No quería escuchar ni ver nada, sólo llegar abajo cuanto antes.

Salir de allí.

Lágrimas de desesperación corrían por mi cara, cuando me di cuenta de que alguien me seguía.

Alguien estaba bajando las escaleras corriendo un par de pisos por detrás de mí.

Noté su respiración fuerte y sus pisadas.

Alguien me estaba persiguiendo.

Intenté correr más rápido para sacar ventaja, y saqué una buena diferencia, pero al pasar por uno de los rellanos me resbalé y me choqué contra la pared.

Se me rompieron las gafas en mil trozos y con eso, mi vista de lejos quedó notablemente limitada.

Ahora sólo podía ver con claridad las cosas que estaban relativamente cerca. Lo demás sólo podía imaginármelo.

Seguí bajando las escaleras, cojeando de la pierna izquierda, porque debía haber pisado los cristales y los llevaba clavados en la planta del pie.

En uno de los pisos, estaban haciendo obras, y salía un ruido atronador como de máquinas y había material de construcción en el rellano.

Me acerqué y cogí un puntal pequeño, como de metro y medio de largo.

Me serviría como bastón y también para defenderme.

Al doblar la esquina de una escalera, me encontré de frente con una figura siniestra y vestida de negro de arriba abajo, que se abalanzó sobre mí moviendo los brazos.

Sin pensarlo dos veces, le crucé la cara con el puntal. Con todas mis fuerzas, que dicho sea de paso, no eran muchas.

Cayó al suelo, pero como paraba de gritar e intentar atraparme con sus manos callosas y de uñas largas, tuve que reventarle el cráneo a golpes. Su sangre me salpicó entera y comprobé con enorme asco como del interior de su cabeza salían todo tipo de sustancias viscosas que me recordaron a la gotera de antes.

Seguí bajando pisos, al borde del desmayo y con las pulsaciones a mil por hora.

Ya no sentía el dolor de la herida de la mano, ni de la planta del pie, pero mi

cuerpo temblaba involuntariamente de forma brusca y tenía la garganta tan seca que parecía de cartón.

No sentía nada.

Mientras seguía bajando pisos escuché gritos y mucho jaleo arriba, gente gritando y llamando a los timbres.

Gritos que parecían aullidos con el eco de la escalera.

Miré sobre el ascensor en qué número de piso estaba y ver que estaba en el octavo me animó considerablemente, sólo tenía que correr un poco más, y dentro de nada sería libre y estaría en la calle.

Escuché gritos y portazos terroríficos en los pisos superiores, pero ni me inmuté, porque ya quedaba menos.

Cuando llegué a la planta baja, vi un grupo de individuos oscuros y siniestros bloqueando la salida.

Les grite que me dejaran salir, que no me hicieran nada, que se apartaran. Ni se movieron. Les amenacé con el puntal, a ver si es funcionaba.

La miopía no me dejaba ver con claridad, pero percibí cómo estas figuras se iban moviendo hacia los costados, como una cortina, dejando libre el cristal para poder salir.

Eché a correr en dirección a la puerta tirando el puntal al suelo, pero no llegué a salir de allí porque los individuos oscuros me aplastaron la cabeza contra el cristal y me esposaron.

Según he podido leer días después desde el psiquiátrico en el que estoy ingresada, soy una asesina psicópata peligrosa. He matado a un vecino de 70 años, que era sacerdote, y he tenido a toda la comunidad amenazada y secuestrada durante más de media hora.

RUIDO

Vivo en una buena zona de la ciudad, eso dicen. Justo en el puto centro, en medio de todo el meollo.

Y odio el ruido.

Vivo en una de las calles más transitadas por peatones y coches, y me gusta el silencio. Menuda ironía, ¿no?

Mi guarida está en el décimo piso de un edificio clásico de principios del siglo XX, insonorizada y con doble ventana.

Aún así, muchas veces cuando necesito concentrarme para escribir, uso tapones. Unos tapones de espuma multicolor, que aunque no son cómodos, son útiles y eso me sirve.

Soy escritor y trabajo en casa. Paso las horas pensando, tomando notas, fumando en el balcón, observando a los demás, tomando café y comiendo comida basura.

Cualquiera podría pensar que mi vida es un asco sin equivocarse, pero aún así, a mí me gusta lo que hago.

O mejor dicho, creo que no sé hacer otra cosa.

No tengo una rutina diaria, cada día me levanto a una hora diferente, y hago lo que me va apeteciendo.

A veces me levanto a las ocho, otras a mediodía, y a veces ni me acuesto. Paso la noche escribiendo, y por la mañana destruyo todo lo que no me gusta, que suele ser la gran mayoría.

El ruido me molesta, me irrita, me impide concentrarme...

Es una de las cosas que más me enfadan.

Por suerte mis vecinos suelen ser silenciosos. Todos menos mi vecina de arriba.

La señora del piso número once es una octogenaria medio ciega y coja, pero que no sé cómo, pasa las 24 horas del día haciendo ruidos insoportables.

Alguna vez he subido a llamarle la atención, pero le ha dado exactamente igual, porque ella sí que tiene una rutina: se levanta todos los días a las siete, da igual que sea invierno o verano, y a las siete empieza a limpiar.

Barre el piso entero con una de esas escobas de cerdas duras, y lo hace tan fuerte que parece que esté arañando los suelos.

Después, por si eso no fuera suficiente, pasa la aspiradora concienzudamente durante al menos media hora, y el resto del día se dedica a caminar con zapatos, a arrastrar sillas y a mover muebles de un sitio para otro.

De vez en cuando, parece que juega a la pelota y a las canicas, pero según tengo entendido eso es algo que hacen todos los vecinos que viven “en el piso de arriba”.

Tal cual.

Es muy molesto, y a pesar de tener el piso insonorizado, la oigo como si estuviera en mi propia casa.

La escucho sobre todo cuando estoy en el baño. Ese techo no debe estar insonorizado y se nota, y aparte está la rejilla de la ventilación, que es una especie de interfono que nunca se apaga.

Creo sinceramente, que mi vecina tiene un sexto sentido, y cada vez que entro en la bañera, es cuando más ruido suele hacer.

Imposible tomar un baño relajante: se escuchan golpes y ruidos constantemente.

Siempre ha sido ruidosa, pero desde hace un par de días la situación se está volviendo realmente insostenible.

Supongo que estará haciendo obras, porque no se dejan de escuchar golpes fuertes en las paredes y sonido como de máquinas, como de sierras o yo que sé. Como si estuvieran tirando un par de tabiques y acuchillando el suelo de madera.

Hoy a la mañana, sin ir más lejos, he escuchado un estruendo horrible, como si un enorme peso hubiera caído de golpe al suelo.

Me he sobresaltado y todo, estaba desayunando y he vertido parte del café en el mantel. La mancha me ha enfadado tanto que me ha bloqueado para escribir: ni una sola frase coherente y satisfactoria en veinte minutos, así que he salido a dar una vuelta por el parque.

A veces funciona y me distraigo.

He comprado el periódico en el kiosco de la esquina y me he sentado a leer en un banco.

Tranquilamente.

Hasta que ha venido un drogadicto balbuceante a pedirme dinero.

Me he tomado un café con hielos en el bar de la esquina, y de vuelta a casa me han asaltado tres comerciales de calle o promotores o como se llamen: uno quería que donara dinero para investigar el cáncer, el otro para evitar el hambre en el mundo, y el tercero no lo recuerdo.

Es lo que tiene vivir en el centro, que no hay tranquilidad.

Me he planteado mil veces ir a vivir a las afueras, pero al final, por una cosa o por otra, es un proyecto que siempre queda aplazado.

Una mudanza, es la cosa que más pereza me da y menos me atrae en este momento.

Vuelvo a casa y ya con los tapones puestos consigo concentrarme y avanzar un par de páginas, a pesar de los ruidos que llegan del piso de arriba.

Al final tendré que hablar con la jefa de portal, creo que nadie ha notificado que fuera a hacer obras, y ya lo que me faltaba es que no se hubiera pedido permiso.

Hago un descanso y salgo al balcón a echar un cigarrillo.

Dejo volar mi imaginación y por poco me meo de la risa, imaginando a mi querida vecina moviendo muebles y levantado el sofá con una sola mano para pasar la aspiradora con la otra, en plan Superman.

No lo veo, la verdad, y jamás entenderé como una anciana tiene tanta fuerza para mover cosas, y tanta capacidad de hacer actividades de limpieza y tanta energía... y tanto de todo.

Debe tener el piso reluciente.

Un gran estruendo se escucha de nuevo del piso de arriba, de nuevo como si hubieran lanzado un objeto grande y de mucho peso contra el suelo.

Como el ruido de hoy a la mañana, que me ha manchado de café el mantel.

Esto no es normal, me ha parecido que hasta se movían las paredes del golpe.

No es normal.

Me quito las zapatillas de estar en casa y me pongo los zapatos.

Voy a hablar con la jefa de portal ahora mismo.

Vive tres pisos por debajo que el mío.

Bajo por las escaleras porque el ascensor no funciona. Llamo a su puerta con los nudillos y después con el timbre. Se escuchan unos pasos y me abre enseguida, no sin haber mirado primero por la mirilla.

Teodora vive con su hijo pequeño, de unos 25 años y su jaula de canarios.

Tiene el pelo blanco pero se echa algún colorante de esos que dan brillos rosados. Su cabeza parece un algodón de azúcar, de los que venden en las ferias.

Tiene dentadura postiza, unas gafas con cadena para colgar, y la cara llena de lunares y manchas. Supongo que la suma de todas estas cosas le hacen parecer mayor, pero no creo que tenga más de 65 años.

La verdad es que no lo sé.

Me saluda entre cortés e indiferente, y le pregunto directamente si alguien en el edificio ha pedido permiso para hacer obras.

Pone cara de estreñida, intentando hacer memoria, así que afino la puntería de mi pregunta, concretando que de la vivienda de mi vecina de arriba llegan ruidos de obras, muy fuertes, como si estuviera tirando tabiques o arrancando suelos...

Teodora me mira por encima de la gafas con detenimiento, y finalmente se las quita, y las deja colgando de la cadenita plateada sobre el jersey.

Me dice lentamente que ella no tiene constancia de nada de lo que le estoy comentando, y le quita importancia diciendo que a lo mejor no son obras, que igual simplemente está amueblando alguna habitación.

Me despido rápidamente y subo de nuevo a mi casa.

Muchas gracias por nada, Teodora.

En mi rellano me encuentro con Oskar y sus dos hijos tontos de siete años. Uno de ellos con los mocos colgando y el otro mirándome con la boca abierta.

Son gemelos, y al parecer son “normales”, pero a mí no me lo parecen... son un poco bastante menos espabilados de lo que se podría considerar “normal”.

Oskar me saluda con la cabeza mientras intenta meter la llave en la cerradura. Lleva una caja de herramientas metálica enorme, y no es tarea fácil.

Debe pesar un montón, pero no se le ha ocurrido dejarla en el suelo mientras abre... el padre tampoco es muy listo, supongo.

-Oye Oskar...- le digo, sin saber muy lo que le iba a decir...- ¿Habéis escuchado ruidos de obras estos días en casa...?

Se me queda mirando con cara de bobalicón y por un momento temo que suelte la caja y le acabe aplastando el pie como a un dibujo animado.

Se me queda mirando extrañado como quien ha visto un ovni y no sabe lo qué es.

-¿¿Obras??- deja la boca entreabierta llena de dientes azules- ¿En la calle...?

-No, no, en la calle no. Bueno en la calle también, siempre hay obras en esta maldita ciudad, pero me refería a obras en el edificio...

Uno de los niños se empieza a reír de forma anormal y el otro le mete un dedo en la nariz. Oskar ni caso, su expresión no cambia, ni siquiera cuando uno de ellos, se pone a llorar a gritos.

-Obras en el edificio, en el piso de arriba- y señalo en esa dirección con el dedo.

Oskar se acerca sin soltar ni la caja ni las llaves, como si le fuera a contar un secreto o algo así.

Le cuesta reaccionar, es de reacción lenta.

-Mi vecina de arriba, creo que está haciendo obras, sólo quería saber si tú también oyes ruidos...

Chasquea la lengua, y por un momento temo que vaya a escupir en el rellano.

Asiente con la cabeza, y me dice que él también ha oído ruidos, pero que le da igual porque el también hace ruido con los niños, y que esto es una comunidad y que hay que ser comprensivos.

-Hoy por ti, mañana por mí... - me dice con los niños agarrados a sus pantalones.

Genial.

Si este tarado intenta darme una lección de convivencia, le parto la cara.

Me despido cortésmente, como si no pasara nada, inhibiendo todo deseo de

romperle la cabeza con las herramientas que lleva en la caja, y me meto en mi casa dando un portazo contenido.

¡Esto es insoportable!

No pienso pasar ni una... ¡al próximo ruido que oiga subiré! ¡Vivimos en una comunidad, y hay que tener un respeto!

Me siento enfurruñado un rato a ver la tele, y después me doy una ducha. Hoy he quedado para comer en casa de mi madre, viuda desde hace diez años, y con un sólo hijo al que reclamarle toda la atención.

En cuanto llego a casa de mi madre, percibo un fuerte olor a cerrado.

Mi madre no es muy dada a limpiar, ni siquiera a airear la casa.

Le vendría bien alguien que le ayudara a limpiar, tal vez. Fantaseo con la idea de que se haga amiga de mi vecina, mientras juego con los guisantes.

Mi madre me abronca para que deje de revolver la comida, y me achucha para que coma como a un crío, a pesar de que ya estoy comiendo, y de que ya tengo mis años.

Me trata como si tuviera doce y no se da cuenta de que ya triplico esa edad...

El parloteo divertido de mi madre dura hasta el postre, momento en el que se pone dramática, y empieza a hablarme de su infinita colección de enfermedades y dolores.

No le pasa nada. No tiene nada.

Hablé con los médicos y resulta que mi madre tiene la suerte de tener una salud de hierro, pero acude cada poco quejándose de que le duele esto y lo otro... los médicos dicen que es probable que lo haga para llamar mi atención.

Yo pienso lo mismo.

Me asomo para fumar un cigarrillo a la ventana de la cocina. El vecino del edificio de enfrente también está fumando, y está todavía en pijama a mediodía, un pijama horroroso a rayas que recuerda a los uniformes de los presidiarios.

Apaga el cigarro en un geranio y cierra la ventana resignado. Como si su vida fuera la más triste de todas.

Me quedo un rato mirando a un chico joven en el edificio de al lado colgar unas

sábanas de dibujos de colores, mientras mi madre sigue hablando sola dando vueltas por la cocina, y haciendo ruido con los cacharros.

Cuando cierro la ventana y vuelvo a la realidad, observo que me ha preparado una torre de "tapers" y los ha metido en una bolsa de plástico, para que me los lleve a casa, y no me muera de hambre.

Vuelvo a casa caminando con mi bolsa llena de "tapers" como si yo fuera un inútil que no sabe cocinar.

Por el camino me cruzo con un par de mendigos portugueses de mirada esquiva y enigmática, que duermen sobre unos cartones tapados con unas mantas grises. Piden dinero porque no tienen trabajo.

Lo tienen escrito en un cartel para que no se les olvide, supongo.

Vuelvo atrás y les regalo los "tapers". Me miran como si hubieran visto algo rarísimo, a mi me da igual lo que piensen, y sigo mi camino.

Una vez en casa, me dejo caer en el sofá y enciendo el portátil para ver si es posible seguir escribiendo algo, pero de nuevo los ruidos del piso de arriba me interrumpen.

Ruidos secos como de hierros y barras metálicas.

¿Qué demonios es eso?

¿Podrían ser ruidos del ascensor?

Es uno de esos ascensores antiguos con verja metálica, y cuando funciona siempre hace mucho ruido y cuando no funciona, por lo visto, también. Estamos valorando la posibilidad de poner otro, uno más moderno y silencioso, porque además creo que la ley nos obliga, pero de momento así están las cosas.

Decidido a acabar con este tema de una vez por todas, subo enfurecido las escaleras y me planto cabreado frente la puerta de mi vecina.

Del enfado no me he dado cuenta de ponerme zapatos y subo en zapatillas.

Al aporrear la puerta me doy cuenta de que está abierta, así que sólo tengo que empujarla para poder entrar.

Saludo en voz alta para avisar y entro en el hall.

Está oscuro y ahora no se escucha nada. Sólo silencio.

Llamo a mi vecina y me identifico.

Pregunto al aire si hay alguien.

No recibo contestación y aunque dejo la puerta de entrada abierta, me atrevo a pasar al salón.

El salón está oscuro, sucio, revuelto... y destrozado.

Nunca había estado en esta casa, nunca había pasado del hall, pero no era esto lo que me esperaba encontrar. Incluso el suelo parece pegajoso.

Si.

Noto que las zapatillas se quedan pegadas en la madera y me cuesta despegarlas para andar.

Para pasarse todo el día limpiando, el estado de la habitación es realmente lamentable...

Los muebles están destrozados y aunque está todo muy oscuro, lo que alcanzo a ver, me recuerda al escenario de un robo o algo así.

Me giro un poco asustado, para irme de nuevo a mi casa y llamar a la policía, cuando escucho una voz débil, que pide ayuda desde el fondo de la habitación.

El corazón me da un vuelco al descubrir a mi anciana vecina tirada en la alfombra, detrás de una butaca orejera de terciopelo granate de los años sesenta.

Está en el suelo, sobre un charco de sangre, tumbada, encogida... pálida, con el pelo erizado... frente al sofá.

La anciana me señala con el dedo el pasillo.

Escucho voces al fondo del pasillo.

¡¡Los captores están en la casa!!

¡En la habitación del fondo del pasillo!

Le digo a la anciana que quiero ayudarla y que voy a llamar a la policía... pero justo en ese momento, escucho cómo la puerta de entrada que he dejado abierta se cierra de un portazo. Supongo que habrá sido la corriente, aunque no veo ninguna ventana abierta...

Estoy al borde del infarto, y la cabeza me va a mil, ¿¿estos dos individuos han

entrado en la casa para robarle a una anciana y...??

... y mientras yo me quejaba de los ruidos infernales, ¡¡¡ellos tenían secuestrada a la anciana y se dedicaban a destrozar su piso y a maltratarla...!!!

¿Qué es toda esta sangre?

¿¿Qué es toda esta sangre??

No entiendo nada, pero me parece que estaba todo muy claro.

La historia estaba clara y yo estaba allí, en medio, asustado y sudando como un cerdo sin saber.

Necesito salir de la casa antes de que se den cuenta de mi presencia... para conseguir ayuda.

Quiero salir de aquí. Evitar esta situación...

Me acerco a la anciana y le susurro medio ahogado que voy a llamar a la policía. Me acerco reptando como puedo hasta el teléfono, y...

Y...

No hay línea.

Debí haberlo imaginado, estos delincuentes lo primero que habrán hecho es cortar el cable del teléfono.

Noto pinchazos en el pecho, como si me fuera a dar un infarto. Siento que tengo las pulsaciones a mil, y que mi final está cerca, ¡¡estoy atrapado!!...

...y no veo pasar el resto de mi vida a cámara rápida ante mí, no.

No veo nada, tengo la vista nublada y estoy al borde del desmayo.

¡Hay un dedo cortado junto al teléfono!

Muerto de miedo, corro hacia la puerta de entrada para escapar..., pero está cerrada.

¿Cerrada con llave?

¿Quién la habrá cerrado?

¿Cuándo y cómo?

No tengo escapatoria, no puedo huir, estoy atrapado...

¡Tengo que enfrentarme a los captores de la habitación del fondo del pasillo!
Antes de que vengan a por mí...

Me enfurezco y cojo lo primero que pillo como arma, un martillo de doble punta enorme de encima de un mueble, y entro en la habitación del fondo corriendo y gritando como un loco.

¿Qué demonios hace un martillo ahí?

Da igual... entro en la habitación dando gritos como un animal salvaje, y veo que hay dos hombres. Me pongo a repartir golpes con el martillo balanceando los brazos como si estuviera segando. Le parto el cráneo a uno de los hombres como quien parte un coco, de forma asombrosamente fácil.

¡Son ellos o yo! ¡Cuestión de vida o muerte!

Escucho una risa tras de mí y tarde, me doy cuenta de lo que ha sucedido realmente...

Tarde.

... cuando me giro, veo a mi anciana vecina totalmente recuperada, y riendo como una loca en el pasillo, arrastrando una moto sierra mientras se acerca a nosotros.

O mejor dicho, se acerca a mí, porque dentro de la habitación del fondo del pasillo, yo parezco ser el único ser vivo que queda.

Y no seguiré vivo por mucho tiempo.

He cometido un terrible error, el último de mi vida y no saldré jamás de aquí.

No me he dado cuenta antes...

... pero los hombres de la habitación están maniatados, y el dedo cortado junto al teléfono, no es de mi anciana vecina.

Ella estaba tumbada sobre un charco de sangre en el salón, sin tener ninguna herida... evidentemente la sangre no podía ser suya.

Mil detalles que no he visto hasta ahora, se agolpan en mi cabeza.

Ahora, que ya es demasiado tarde.

Mi anciana vecina se aproximaba a mí con la moto sierra, dispuesta a hacer

alguna reforma u obras en la casa... ¡claro!

Todos esos ruidos, golpes... no eran reformas...

Una enorme sonrisa en su cara de loca es lo último que veo, después caigo al suelo y se me apagan los ojos, como si me hubieran desenchufado. Un pitido en los oídos, y después el silencio.

Silencio absoluto.

CARA BORRADA

Las leyendas urbanas no son verdad, pero siempre nos llaman la atención, y nos hacen pensar.

Este tipo de historias no salen de la nada. Se crean por algo y siempre guardan algo de verdad, porque nadie se levanta un buen día y empieza a inventar historias extrañas porque si, ¿no?

Tienen que surgir de algo...

Vivo con mis padres en el edificio “Alfi” de la Calle del Olvido, en pleno centro de la ciudad.

Antes vivíamos en las afueras, pero nos mudamos aquí cuando yo tenía unos 6 años, porque se supone que viviendo en el centro lo tienes todo mucho más a mano. No tengo muchos recuerdos de mi casa anterior, para mí es como si siempre hubiera vivido aquí.

Este edificio es tan antiguo, que como es evidente, tiene todo tipo de historias, rumores y leyendas circulando en torno a él.

Los compañeros de clase me han contado un montón de chismes, probablemente exagerados e inventados, pero no sé, también creo que es posible que guarden algo de “verdad”.

La historia que más me gusta, es la que se conoce como “Cara Borrada”.

Porque una vez la conoces, te cambia. No puedes evitar pensar en ella y en cuánto puede haber de cierto en todo lo que se dice.

Me enteré de la historia de “Cara Borrada” cuando era bastante pequeña, creo que es probablemente la primera historia que escuché sobre el edificio.

Tendría unos diez años cuando unos chicos mayores la contaron en el patio y desde entonces no me la he podido quitar de la cabeza.

La versión corta de “Cara Borrada”, cuenta que una vez, unos niños estaban jugando en los camarotes del último piso a disfrazarse con ropa vieja. Algunos dicen que buscaban disfraces para carnavales y otros que para preparar una obra de teatro para el colegio. En este punto hay diferentes versiones.

El caso es que mientras se probaban la ropa, uno de los niños, al ponerse un jersey de cuello vuelto, no pudo sacar la cabeza por el agujero del cuello.

Su cabeza se quedó “enganchada” de alguna manera en el interior del cuello del jersey, y no conseguía sacarla.

Los otros niños intentaron ayudarlo tirando del jersey para quitárselo, pero no podían hacer gran cosa aparte de gritar y dar tirones. El chico atrapado por el jersey no paraba de gritar y de respirar muy fuerte, pero no era capaz de hablar, así que nadie sabía exactamente qué estaba pasando.

Era como si el jersey se le hubiera quedado pegado a la piel. Los niños gritaban y lloraban desesperados, no sabían qué hacer.

Cuando el niño consiguió sacar la cabeza por el cuello del jersey, ya no tenía rostro: su cara había sido borrada.

Su cara ya no era una cara, no tenía ningún rasgo, ni ojos, ni boca... ni nada.

No había nada.

La versión larga de esta historia va un poco más allá, y da más datos y detalles.

Cuenta la historia, que la procedencia de esas ropas viejas que los niños usaban para disfrazarse, pertenecían al mismísimo Gabriel Samuel Alfi. Un personaje de principios del siglo XIX, que era el enterrador de la zona, que combatió en la Guerra de la Independencia de España, y al parecer se convirtió en un gran soldado y fue condecorado con honores.

El edificio lleva su nombre y la plaza de enfrente, donde está el kiosco, también.

Una vez terminada la guerra, Alfi continuó trabajando como enterrador, pero comenzó a sufrir graves trastornos mentales que le hacían ver cosas y escuchar voces, así que terminó siendo ingresado en un psiquiátrico a los 32 años, donde murió a los pocos meses.

Alfi estuvo aislado y sometido a un duro tratamiento médico experimental de la época, que le ablandó y destrozó los órganos internos.

Dicen que su cadáver no parecía humano, sólo una masa de piel blanda deforme. Su piel estaba tan blanda, que no se apreciaba ningún rasgo, como si fuera un muñeco de cera derretido, por eso Alfi es conocido también como “Cara Borrada”.

Según cuentan, los jerséis de cuello vuelto guardan relación con las camisas de fuerza del psiquiátrico, y cada vez que alguien decide ponerse uno de estos jerséis dentro de este edificio, termina con la cara borrada como la de Alfi.

Otras versiones, dicen que si finalmente consigues sacar la cabeza por el cuello del jersey antes de que este te borre la cara, lo primero que verás al sacarla será a “Cara Borrada” en persona, y su sola visión te dejará paralizado y morirás del susto.

Es una tontería, lo sé.

Y todos lo sabemos, pero la verdad es que nunca, nunca, jamás, he visto a ningún vecino de este edificio con un jersey de cuello vuelto.

Ni siquiera yo misma, ni mis padres los hemos usado nunca.

Cosas como esa dan que pensar.

El invierno es duro aquí, solemos tener temperatura mínimas de unos diez grados bajo cero, y lo normal sería usar jerséis de cuello vuelto, pero nadie lo hace.

¿Será por algo? ¿Será que la historia tiene que algo de verdad?

Yo me pongo nerviosa incluso al ponerme un jersey de cuello normal, al pasar mi cabeza por el cuello del jersey, contengo hasta la respiración y mantengo la mirada en un punto fijo, esperando que no se me aparezca el fantasma de Alfi.

Siempre uso jerséis de cuello amplio con fulares o bufandas o chaquetas abiertas.

Nunca se sabe.

NUNCA ME EQUIVOCO

El viento jugaba con tu cabello recogido en una coleta, a que podía soltarlo. Y hacía trenzas salvajes con los mechones, mientras el sol de otoño daba rubor a tus mejillas.

Calentaba el sol, pero no demasiado.

Yo te observaba como todos los días, desde mi ventana, oculto tras los cristales, con unos prismáticos de baja calidad, pero que servían de sobra para no perder ningún detalle.

Estabas sentada en el banco central de la plaza Alfi, junto al quiosco.

Tú sola.

Leyendo un libro que debía ser muy interesante, por lo concentrada que parecías estar en el texto.

Tu pelo acabaría entre mis manos, y yo nunca me equivoco.

Pasadas las ocho de la tarde te fuiste, cuando parecía que empezaba a oscurecer, como si intuyeras de alguna manera que algo malo te acechaba.

Era yo, desde mi ventana.

Metiste el libro en el bolso gigante de color amarillo que llevabas y te ajustaste la goma de la coleta.

Ese bolso parecía tan vacío como si sólo llevaras el libro y las llaves de casa, ¿por qué usar un bolso tan grande? ¿por qué de color amarillo? ¿por eso que llaman “moda”?

Ese día te seguí hasta casa.

Te acompañé.

Sabía de sobra donde vivías porque trabajo de conserje en el edificio de enfrente al tuyo, y mi función en esta vida, es básicamente observar.

Observarte.

Entré rápidamente en tu portal, justo antes de que se cerrara la puerta y te alcancé en el rellano, mientras esperabas al ascensor. Y me metí contigo dentro.

Dentro de ese ascensor metálico y cochambroso ese que tenéis.

Nunca debes confiar en extraños y menos meterte con ellos en un sitio cerrado.

A ti te daba igual, no hacías caso a ninguna de las señales de peligro que yo te lanzaba..., como si nada de lo que pudiera pasarte te importara.

Me sonreíste desde que entré en el ascensor, mientras se cerraba la verja metálica, enseñándome el brillo de tu aparato dental.

Puedo equivocarme, pero me pareció que coqueteabas descaradamente mientras parloteabas de cosas que no tenían el menor interés, para que viera lo simpática que eres.

Subir a un noveno piso nunca se me había hecho tan largo, y me sentí incluso un poco agobiado.

Si yo te miraba amenazadora y fijamente, tú me sonreías.

Si yo te sonreía de forma malévola, tú decidías por sorpresa invitarme a un café en tu casa.

Jamás en la vida se me hubiera ocurrido pensar que me invitaras a entrar.

Me sorprendí y dudé, porque no estaba preparado para este giro inesperado de los acontecimientos, que cambiaba de golpe todos mis planes, pero el café parecía ser una excusa perfecta para continuar con ellos.

No esperaba que fueras tan directa y tan poco prudente, me sorprendió, pero te seguí la corriente como si fuera un idiota que no sabe lo que hace, y entré en tu casa decidido.

Me acomodé en tu sofá de plástico negro, muy de moda supongo, pero que se pegaba a la piel como un esparadrapo.

Justo enfrente habías colocado una estantería asimétrica de color blanco totalmente vacía. Ninguna figura ni ningún libro. Y en la pared de al lado un reloj enorme que parecía estar parado a las seis y veinte.

Jamás entenderé que alguien pueda tener un reloj parado en la pared. Los relojes sirven para dar la hora, y si no cumplen su función, ¿qué sentido tiene tener un reloj?

¿Será otra vez, otra de esas cosas que tienen que ver con la moda?

Te fuiste a la cocina a preparar el café. “Enseguida vuelvo”, dijiste con sonrisita llena de misterio mientras te acariciabas el pelo.

Cuando escuché que cerrabas la puerta de la calle con llave, supe que algo no iba bien, y no estaba demasiado seguro de que cumplieras tu palabra de volver con un café.

De repente, una enorme sombra negra, acompañada por una respiración fuerte y agitada irrumpió en el salón.

La sombra era todo ojos, gruñidos y dientes.

Me devoró rápidamente, aunque pude ser plenamente consciente de qué parte de mi cuerpo estaba siendo devorada en todo momento. Porque esto era algo difícil de creer. Difícil e imprevisible.

Mi nuevo “yo”, convertido en víctima, se había ido transformando en un charco de restos viscosos sobre la alfombra.

Me sorprendió que volvieras comiendo un helado de limón. Sonreíste y te cortaste la coleta con unas enormes tijeras de podar.

Esa coleta que siempre supe que sería mía.

La dejaste caer sobre lo que hace un rato habían sido mis manos, como si supieras que era eso lo que yo quería, como si ya hubiera pagado el alto precio de mi capricho.

Nunca me equivoco.

Recordé las palabras de mi padre, cuando me decía que la dignidad es algo que no te pueden quitar, que sólo la puedes perder tu mismo.

Y eso era precisamente lo que acababa de suceder.

MI OTRO “YO”

Hay un espejo antiguo junto a mi cama.

Un espejo que ocupa casi toda la pared.

Un espejo que me observa y que sospecho que mientras duermo, refleja lo que “realmente” hay en mi habitación.

Todas esas cosas que intuyo que están ahí, pero que yo no veo.

Más de una vez he observado sombras que proyectaban algo que no existe, o reflejos de cosas extrañas.

Mi imagen en ese espejo no es mía.

Esa imagen no es la misma que cuando me miro en otros sitios, es como si ese espejo reflejara la parte de mí que nunca se ve.

Mientras duermo, sueño que mi yo del otro lado del espejo se despierta, y es entonces cuando empiezan las pesadillas.

Sueño que me devoran animales salvajes, que un asesino con camisa de fuerza me descuartiza mientras aún sigo vivo, que me arrancan los dientes atado a una silla con unas tenazas, que esculturas de piedra en un bosque nevado me acechan y se mueven cuando no las miro... pero lo que más me aterra es el espejo en sí. Al igual que las esculturas, sé que el espejo cambia y me vigila.

Sé que mi otro yo desde el otro lado, me sigue con la mirada allá donde voy, que me mira de reojo mientras me visto y que se acerca a mi cama mientras duermo.

Me siento observado por mi propio reflejo.

Noto “sus ojos” clavados en mi espalda.

Es un espejo de hospital del siglo XIX, que compré en una subasta de antigüedades. Siempre me han gustado los objetos antiguos, porque tienen historia y son objetos únicos, aunque de su historia no han podido contarme gran cosa.

Mi espejo tiene el marco metálico y estrecho, retorcido, y con formas irregulares y asimétricas. En el centro del marco de la parte inferior, por detrás tiene una inscripción: “Cent Quinze CXV”, que en francés significa 115.

Curioso.

He preguntado en varios anticuarios, pero en no han sido capaces de

explicarme nada concluyente acerca del número o de la inscripción, así que empecé a investigar y a buscar información por mi cuenta.

A lo mejor es sólo una coincidencia, pero el número de mi portal también es el 115, el último número de la calle, y eso que el anterior es el 111. No hay ningún edificio con el número 113.

Este edificio siempre ha sido el número 115. Antiguamente sí que existía un edificio en medio que con el número 113, pero desapareció hace unos veinte años y en su lugar hay una plaza.

115 segundos son un minuto y 55 segundos, y 115 minutos es una hora y 55 minutos.

Serbia tiene 115 km² de agua, y la distancia en línea recta entre las ciudades chinas de Changzhou y Nankín es exactamente 115 km.

El “ununpentio” (Uup), recientemente descubierto, es el elemento número 115 de la tabla periódica.

El acta de nacimiento de Obama es la número 115.

He leído que el número 115 está unido a la Cábala, y que en el salmo de ese mismo número se hace referencia a Dios y a los ídolos.

El papiro 115 (Oxy. 4499) que forma parte del “Libro de las Revelaciones”, descubre la relación de los números 666 y 616 con el diablo.

Y ya por último, lo más interesante de todo.

En el ocultismo el número 115 parece ser que es sagrado. Contiene una vibración que está relacionada con los portales que nos pueden trasladar a otra dimensión.

Así pues se podría decir que el número 115 es un número mágico.

Un número que abre portales a otra dimensión, que es justo lo que yo sospechaba desde el principio.

¿A otro portal a través del espejo?

EL TELÉFONO, EL LIBRO, EL OSO Y EL MARCO DE FOTOS

— ¡¿Qué demonios es eso?!—pregunto totalmente asombrada.

Samuel me enseña un teléfono de disco, de color rojo brillante, totalmente emocionado y con la boca entreabierta y los ojos como platos.

— ¡Parece de película...!— comenta totalmente alucinado.

Para mí es basura, como todo lo que hay aquí arriba, en el trastero del infierno, lleno de cosas viejas e inservibles que hemos ido guardando y acumulando durante años.

Algunas de estas cosas ya estaban aquí cuando compramos la casa, hemos ido posponiendo la limpieza del trastero, y la verdad es que nunca parece ser un buen momento.

¡Ni siquiera es nuestro todo este montón de basura!

En clase los niños están organizando un mercadillo solidario para la protectora de animales local, y cada niño debe llevar tres objetos “vendibles”. Por eso estamos aquí buscando algo interesante.

Mi hijo está feliz y emocionado rebuscando entre tantas porquerías. Abre las cajas dando gritos y saltos de alegría.

—Eso... sólo es un teléfono viejo. Mi abuela tenía uno igual en su casa cuando era joven, lo he visto en fotos. Era blanco y muy bonito... pero yo la verdad es que sólo he conocido el inalámbrico...— le explico, pero da igual, porque mi atolondrado hijo ya no me escucha, se ha olvidado del teléfono porque ha descubierto unos viejos juguetes de madera.

Sostiene en sus manos una caja rectangular con un rompecabezas dentro. De madera barnizada muy brillante.

Trabajo con niños, soy profesora de primaria. Mi hijo no es como el resto de los niños que veo a diario en el colegio, él no siente la constante necesidad de llamar la atención, ni de enfrentarse físicamente a los más débiles como hacen el resto a su edad.

Nació con mucha facilidad para hacer cosas difíciles, pero mucha dificultad para hacer cosas fáciles.

Samuel toca el piano y el violín desde los cinco años, habla cinco idiomas

perfectamente y es un pequeño genio de la electrónica. El generador de energía solar que tengo en el garaje es obra suya, lo hizo hace un par de meses.

Por el contrario, le cuesta mucho organizarse, comprender el sentido figurado al hablar, resumir textos... y relacionarse con otros niños. Prefiere quedarse leyendo en casa a salir a jugar a la calle.

— Mamá, mira esto...— me señala un pequeño aparato eléctrico que parece ser una linterna.

— ¿Es una linterna o un foco o algo así?— pregunto sin demasiado interés.

—No lo sé, la verdad, no me lo parece...— y antes de que pueda detenerle, se va con el cacharro en la mano y se tropieza con algo. Vuelve al rato con cara de mosqueo y lo tira al suelo porque no sabe lo que es.

—Bien, coge un par de cosas más y nos vamos. El teléfono antiguo, puede servir. — le digo un poco impaciente.

Samuel suspira y me mira aburrido. Coge un libro al azar de una de las baldas y me mira interrogante.

—Muy bien, eso también puede servir. Es un libro de recetas de cocina. Falta una cosa más.

Abre uno de los baúles y empieza a sacar cosas y a desparramar su contenido. Es sobretodo ropa vieja, que deberíamos tirar.

—Toda esa ropa que estás sacando la vamos a tirar. Nadie va a comprarlo y creo que ni siquiera es nuestro, así que no tenemos porque guardarlo. Lo vamos a meter en bolsas, lo tiramos, y nos quedamos el baúl.

—Vale... ¿tú crees que nadie compraría esta ropa? También es antigua, como el teléfono...

—Es “vieja”, no antigua. Está llena de manchas, huele a humedad... nadie va a comprar eso... Te falta una cosa más.

Samuel saca un oso de peluche de entre la ropa del baúl y lo abraza.

Vale, suspiro mentalmente, nos quedamos el oso, pero antes tendremos que limpiarlo y desinfectarlo.

Le ayudo a buscar y encontramos un marco de fotos de madera envejecida que podría servir para vender.

Samuel es feliz con su nuevo amigo. Bajamos a casa cargados, y lo primero que hago es quitarle el oso y meterlo en la lavadora. Le hago entender que es necesario limpiarlo, y que un lavado corto de 20 minutos bastará.

Limpiamos el teléfono con un paño y lo metemos en una bolsa.

El libro está más viejo de lo que esperábamos, en el trastero con esa poca luz no nos hemos fijado bien. Tiene las hojas amarillas y las fotografías y dibujos están desteñidos. Además no es un libro de recetas de cocina, es un libro sobre medicina natural. Samuel lo está hojeando enterito, y va despegando cada hoja con suavidad.

Me comenta que si no consigue venderlo, se lo va a quedar, que le interesa mucho. Asiento con la cabeza y empiezo a limpiar el marco de madera, que tiene una capa de polvo impresionante, sobretodo en el cristal. Al ir limpiando me doy cuenta de que tiene una fotografía antigua, que con el polvo ni se veía.

Es un retrato de familia antiguo, una madre y su hijo, en sepia. Las fotos antiguas siempre me han parecido un poco siniestras, las personas nunca sonrían, miran fijamente a la cámara, pero siempre están serias, y eso me genera un poco de inquietud. Abro la parte trasera del cuadro, saco la foto, la arrugo y la meto en una de las bolsas de ropa. Todo eso va a ir a parar a la basura.

Samuel y yo merendamos un bocadillo y un vaso de zumo. Samuel come uno de jamón y queso hecho especialmente para él. No come ni cualquier pan, ni cualquier jamón ni mucho menos cualquier queso.

Se relaciona con la comida de forma “especial”. Tiene millones de manías, la verdad es que verle comer es todo un show. Primero mordisquea los bordes y luego el resto. Come los bocadillos “en redondo”. No come nada que tenga esquinas.

Suenan las llaves en la puerta y aparece mi hermana Sara cargada de libros. Trabaja en una biblioteca y cada vez que “jubilan” libros viejos del depósito, se los trae a Samuel porque le encanta leer.

Sara es mi hermana mayor, tiene casi cincuenta años y le encanta actuar como si lo supiera todo y como si fuera mi madre. Se ha casado este julio pasado, con su novio de toda la vida. Vive un poco lejos del centro, en las afueras, pero sigue usando su juego de llaves como si aún continuara viviendo con nosotros.

El oso se ha convertido en el nuevo mejor amigo de Samuel.

A veces me inquieta escuchar las conversaciones que mantienen. Sé que los niños tienen mucha imaginación y que es normal que hablen y jueguen solos, pero es que Samuel ha empezado a utilizar palabras que yo no había escuchado nunca antes.

Al principio pensaba que se las inventaba, pero un día me dio por apuntarlas y buscarlas en el diccionario, y resulta que esas palabras existían.

Eran palabras antiguas usadas siglos atrás, palabras como “behetría”, “papón” o “saya”, que yo no había escuchado en mi vida. Supongo Samuel habrá podido escucharlas en la televisión, aunque yo siempre la veo con él, y no las he escuchado.

Otra cosa curiosa, es que mi hijo duerme con el oso todas las noches, pero cada mañana, el oso amanece en un sitio diferente.

¿Será posible que Samuel sea sonámbulo y se levante por la noche a esconder al oso?

Hasta ahora no se había levantado nunca, así que me decidí a interrogarle, y le pregunto qué tal duerme, si se despierta por las noches, si se levanta al baño...

Lo que me contesta, me deja sin palabras.

Samuel me explica que cuando se queda dormido, el oso se le sube encima del pecho y no le deja respirar, así que se tiene que levantar de la cama a esconderlo lejos para que no vuelva y le deje dormir.

Pensé que eran cosas de niños, pero como pasaban los días y todo seguía igual, le comenté que quizá sería buena idea “jubilarse” al oso, cambiarlo por otro nuevo.

Samuel no me dijo nada, pero me miraba como si se hubiera quedado con ganas de contarme algo más.

Esa misma noche vino a mi cama asustado, quería dormir conmigo y yo no le dejé. Con 8 años ya es mayorcito para esas cosas. Le explique que esto era igual que cuando había un monstruo debajo de su cama, o dentro del armario o detrás de la cortina.

No era nada y no iba a pasar nada de nada.

Lo mandé de vuelta a su cuarto, apagué la luz y me dormí sin ningún remordimiento.

Al despertarme a la mañana siguiente decidí disculparme. Me sentía mal y quería premiar a Samuel de alguna manera.

El pobre estaba asustado, había recurrido a mí, y yo no le había hecho ni caso. Le llamé desde mi habitación, pero no me contestó.

Fui a buscarle a su cama, pero no estaba allí.

Ni Samuel, ni la cama, ni absolutamente nada. El dormitorio de mi hijo se había transformado en una especie de habitación de invitados impersonal.

¿Qué estaba pasando?

¿Dónde estaba mi hijo?

Corrí por toda la casa buscándole. Le llamé a gritos mil veces, y no sólo no le encontré, sino que no encontré nada suyo.

Ni sus juguetes en el sofá.

Ni su ropa en la lavadora.

Ninguno de sus libros.

Ningún dibujo pegados en los azulejos de la cocina...

¿Qué estaba pasando?

Fui al teléfono corriendo y llamé a mi hermana. Le aullé desesperada que Samuel había desaparecido, que teníamos que encontrarle, que me ayudara, que avisara a la policía mientras yo salía a buscarle por la calle...

...

La voz de Sara sonaba extrañada al otro lado del teléfono.

— ¿Samuel ha desaparecido? ¿Quién es Samuel?

—Mi hijo...— respondí indignada con voz temblorosa — ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué?! ¡Ayer mismo le trajiste más libros del almacén!... los tengo ahí mismo, sobre la mesa de la sala...

Me interrumpí a mí misma al comprobar con gran decepción que sobre la mesa no había nada.

Todo lo que tenía algo que ver con Samuel había desaparecido. No sólo sus cosas.

Colgué el teléfono bruscamente y comencé a buscar como una loca por toda la

casa alguna cosa de Samuel.

Alguna prueba de que tenía un hijo.

Alguna prueba de que Samuel existía y yo no me estaba volviendo loca.

Vacíé armarios, volqué cajas, abrí todos los cajones, revolví toda la casa... pero no encontré nada.

Era como si Samuel se hubiera borrado de la historia, y nunca hubiera existido... y sólo yo pudiera recordarle.

Sara me encontró unos minutos más tarde, con la casa “desmontada” y llorando en el suelo de la cocina. Me había llamado hasta tres veces, después de que le colgara, y al no cogerle el teléfono, vino a casa directa. Entró como siempre con sus llaves, me dio un tranquilizante y me metió en la cama.

Me explicó que yo no tenía ningún hijo, que vivía sola en la casa, y que había soñado todo eso.

Había sido sólo un sueño.

Pasaron los días y yo seguí con mi vida, con mi rutina, sin poder dejar de dar vueltas a lo ocurrido, a cómo podía haber tenido un sueño tan real... y se me ocurrió volver a subir al trastero.

Cuando subí seguí paso a paso el mismo itinerario que había hecho con Samuel días atrás, y encontré el baúl con las mismas ropas viejas, el viejo teléfono rojo de disco, el oso, el libro y el marco de madera. Incluso la linterna y los viejos juguetes de madera.

Lo metí todo en bolsas y lo bajé a casa como pude. Quería limpiarlo todo nuevamente y ver si esos objetos me ayudaban a descubrir algo.

Mientras limpiaba el cristal del cuadro de madera, volví a ver la misma foto antigua de la madre con el hijo.

Y me di cuenta entonces de que ese niño de la fotografía era Samuel.

Era su cara, era él.